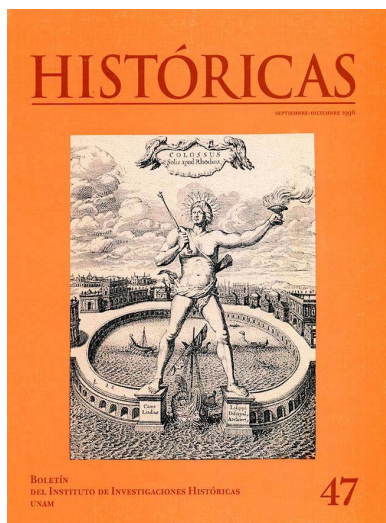




Artículo: Enrique Plasencia de la Parra. La invención del quinto centenario. Antología. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1996

Autor(es): Vázquez Mantecón, María del Carmen

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 47

Año: 1997

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Vázquez Mantecón, María del Carmen. "Enrique Plasencia de la Parra. La invención del quinto centenario. Antología. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1996" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 47 (1997): p. 62-66. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3882>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es/>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

Enrique Plasencia de la Parra, *La invención del Quinto Centenario. Antología*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1996

De la fiesta de un cumpleaños y de las razones para festejar

Aunque tenemos la sensación de que el tiempo fluye, acostumbramos repetir cada año la conmemoración de una serie de fechas marcadas en el calendario con el mismo número, el mismo nombre, la misma significación. El 12 de octubre es una fecha significativa para los hispanos, y sin duda, para los que desde hace cinco siglos respondemos al apelativo de americanos. Para todos es memorable, esto es, digna de recordar. Sin embargo, mientras unos la evocan con tono festivo y triunfal, otros la registran en sus anales con tristeza, pero también con la esperanza de que algún día puedan recobrar su dignidad perdida a partir del afamado suceso de 1492 que marcó el inicio de la modernidad.

Para el cumpleaños número quinientos del azaroso “descubrimiento” de América por Cristóbal Colón, no faltaron reverencias, abrazos, discursos, comisiones, inversiones, polémicas, coloquios, marchas, repudios, viajes interoceánicos, escritos. Un paciente historiador se puso a leer sobre todo esto y nos da cuenta de

ello en una antología que ha reunido. Enrique Plasencia, el compilador, deja claro que su interés fue saber cómo sería conmemorado en España y en toda América el hecho colombino. Ha reunido dieciséis textos publicados en el año del festejo, 1992, y los acompaña de una larga y bien documentada introducción. Parte de la importante premisa de que toda referencia al pasado implica invariablemente que se hace desde el presente y, por lo tanto, de que todo significado o sentido que se dé a ese recuerdo reflejará, sin duda, los valores y la visión del mundo de quien conmemora.



No era fácil hacer la selección de textos que ahora se presentan, porque mucha tinta corrió al son del quinto centenario. De lo que nos ofrece este libro, compartí mis inquietudes con muchos trabajos, pero sobre todo con siete de ellos y también con varias interpretaciones de su compilador. Él señala en su introducción cómo los festejos del suceso

hace cien años fueron promovidos a instancias de España, que “buscaba una nueva política de acercamiento hacia sus excolonias y que intentó inventar una tradición celebratoria en la memoria colectiva de Hispanoamérica”. A finales del siglo XIX festejaron con grande regocijo las “gentes de bien”, rectoras de la economía y la política vigentes, pero no el pueblo. En cambio, el quinto centenario —continúa Enrique— escucha una pregunta: “¿Hay algo que celebrar?” y recobra un aspecto que hace cien años pasó inadvertido. Se refiere a “la destrucción de las culturas autóctonas y al estado de miseria y de abandono en que subsisten sus legítimos herederos”. Ahora, dice Plasencia, hay una manera diferente de expresar el sentido del quinto centenario, esto es, sin tono de gesta heroica. Recoge la opinión de algunos intelectuales y ecologistas estadounidenses que juzgan a Colón como genocida y sueñan con un regreso a la edad de oro anterior al “descubrimiento”. Se interesa, a través de uno de los artículos que recupera, por aquéllos que han debatido conceptualmente en cómo llamar al suceso, *si encuentro de dos mundos*, o *invención de América*, o *encubrimiento*, o *tropezón*. Relata cómo celebraron los españoles con su feria en Sevilla y qué sucedió en el llamado “zócalo” mexicano en ese numeroso cumpleaños.



En este libro están las iluminadoras opiniones de muchos de los que reflexiona-

ron sobre la conmemoración del quinto centenario. Trataré de hilvanar, a través de las tesis de los siete ensayos, cuál es para mí su sentido. El primer autor, Edmundo O’Gorman, en una entrevista dice a propósito de la historia y de los que se interesan en contarla que comparte cada vez más la idea de que ésta, la historia, no es una ciencia, porque no existen leyes en el discurrir histórico. Cree que la imaginación es clave para el historiador, porque si no éste sólo acumularía datos por querer buscar leyes y explicar todo con base en una causa y un efecto. Hay que lograr, dice, lo que todavía no existe, y para eso es fundamental que el historiador imagine, porque si va a repetir lo que ya está escrito, no tiene caso que lo haga. Sostiene que “América” nace a partir del siglo XVI, y que desde entonces vio la luz un hombre nuevo, moderno, que significará por igual al mundo occidental y a los que viven en la esfera de su influencia. Arthur Schlesinger por su parte sugiere que el precipitador de esa modernidad, Cristóbal Colón, ha sido siempre, además de humano, un mito que ha encarnado una sucesión de triunfos a lo largo de hace ya cinco siglos sobre todo en una nación —Estados Unidos—, que sin hablar la lengua de don Cristóbal y habiéndose apropiado del nombre de americanos, ha venerado, en general y con diligencia, su memoria. Piensa que decir que fue “un descubrimiento” sólo de Colón merece una condena por eurocentrismo. Con el quinto centenario, concluye, “el sueño de mundos nuevos



y mejores todavía se burla y nos confunde". Sin embargo, tiene esperanza en que los próximos cinco siglos deparen un futuro más feliz. Salvador Bernabéu Albert apunta que, de las conmemoraciones del 12 de octubre de 1992, las propuestas más novedosas y combativas fueron las de las "comunidades indias", voz que no se escuchó en el cuarto centenario y que son, dice, como un espasmo que recorrió la espina dorsal de América, espasmo de resentimiento y censura hacia la larga noche colonial y las injusticias contemporáneas.

Ricardo Pérez Montfort nos recuerda cómo festejó la ciudad de México el descubrimiento de América en su 450 aniversario en 1942. Por un lado, dice, se apeló al indigenismo o al mestizaje y, por otro, se traía a colación la "contradictoria presencia" de la hispanidad en las culturas iberoamericanas. Ese 12 de octubre se llamó el día de la raza, y el festejo estuvo plagado

de alegorías de la historia patria, o como dice Pérez Montfort, "de gritos de la raza"; vieron entonces *La vida azteca*, *La vida del Sol*, a Cortés y la Malinche, a Hidalgo, Morelos y Guerrero, a la Adelita y la Revolución de 1910. No faltaron los afanes nacionalistas, los mensajes de unión, el espíritu panamericanista, ni tampoco una gran corrida de toros para diversión del "respectable" que tuvo entre sus *mataores* a Cantinflas, a Pedro Armendáriz, a Joaquín Pardavé, a Fernando Soler y a Conchita Citrón. Sin embargo, el tema relevante entonces, era otra guerra más cercana —la segunda que ha embaucado a nuestro mundo— y nadie, concluye, "recordó que desde el siglo XVI el genocidio se ha mantenido como un signo pesimista de las relaciones entre los hombres, signo que responde al nombre de intolerancia".

A la Expo Sevilla 92 podemos viajar en los textos de Adolfo Castañón y de Mauricio Tenorio. El primero nos da cuenta del oasis, pero también del circo de esa que él llama "Disneylandia para adultos, Euro-Disney del Sur, Andalucía World Center". Aprendemos en sus imágenes a leer el mensaje en las instalaciones y a conocer el texto en la arquitectura de un espectáculo que, paradójicamente, puede ser, dice Adolfo Castañón, "olvidable e inolvidable", "memorable y vacuo", "dinámico y pasivo", "preocupado por el origen del universo y olvidado del hombre de la calle". Gran símbolo en suma, del "espíritu sin espíritu", de "una feria que celebra el matrimonio de las nomenclaturas públicas con las burocracias priva-

das". Tenorio nos lleva primero a las exposiciones universales que dieron a conocer a México hacia finales del siglo XIX y que congelaron, dice, una concepción específica de la modernidad. Señala que es rancia la tradición de "hacer México" en el extranjero, pero subraya cómo cada vez se hace más evidente que la imagen de México en tanto nación moderna se vuelve más acristalada, anacrónica y autoritaria. Esto lo trae a cuento para hablar de la exposición sevillana en la que él observó la repetición —aunque fuera en costosísima multimedia— de los lugares comunes de la ideología oficial nacionalista, sin autocritica, sin dudas, sin diversidades reales, en donde dice, "lo indígena es cuestión de historia épica o de *souvenir*". Llegamos así al penúltimo grupo de artículos que el compilador introduce con el título de *el encuentro con el "otro"*. Me pregunto por qué no también le puso comillas a la palabra encuentro. Se trató para mí de un desencuentro, de una negación por parte de los españoles —aunque creyeran que estaban en una guerra santa contra Satanás y sus huestes— a descubrir a esos otros y a descubrirse frente a ellos, para los que tuvieron poco interés por averiguar su naturaleza, sus cualidades, sus relaciones con las cosas.

Eduardo Galeano, por último, recupera con poesía, el sentir de millones de indígenas latinoamericanos a cinco siglos del suceso colombino. Para él, ese 12 de octubre de 1492, América descubrió el capitalismo, y a partir de entonces, dice, los indios siguen sufriendo la usurpación de sus tierras y continúan condenados a la

negación de su identidad diferente. Destaca el racismo vigente en los discursos de los intelectuales latinoamericanos de fines del siglo XIX y de los políticos liberales que fundan el Estado moderno. Como las grandes potencias tratan a América Latina, cree que así trata ésta a sus indios. Le parece que la memoria de América ha sido mutilada por el racismo, y que seguimos actuando como si fuéramos hijos de Europa y de nadie más. Cuenta que el sacerdote español Ignacio Ellacuría, antes de ser asesinado en El Salvador, decía que era absurdo eso del descubrimiento de América, porque el opresor era incapaz de descubrir y de descubrirse a sí mismo, y porque la verdadera realidad del opresor sólo podía verse desde el oprimido.

Después de describir en tono de sátira la conmemoración en el zócalo de la ciudad de México el 12 de octubre de 1992, Enrique dice que lo importante de la gente ahí presente "no era ser indígena, sino pretender serlo". No entiendo muy bien qué quiere decir con esto, pero según el *Diccionario* de la Real Academia de la Lengua Española de Madrid, indígena es todo aquel que es originario de un país, y por lo tanto como todos somos originarios de un país, todos los habitantes del planeta somos indígenas. En el "zócalo", para el quincuagésimo cumpleaños, estábamos los que queremos vivir un futuro digno y feliz y reconocemos también la marginalidad y el racismo que hay contra algunos habitantes de la llamada "nación" mexicana. Ahí vimos símbolos y emblemas de larga tradición, amparados unos por el nacionalismo del

gobierno del Distrito Federal y otros por múltiples grupos independientes. La lluvia y la multitud desbarataron una alfombra de colores sobre toda la plaza, que representaba la página de un códice que a su vez reproducía la situación de la ciudad de Tenochtitlán. Estaban, es cierto, los mexicanistas vestidos de blanco flotando en copaleros círculos de energía y un espectacular empenachado que posó desde la azotea de la catedral, pero también las mujeres campesinas morelenses con su rebozo de bolita y su gladiola roja en la mano; los campesinos nahuas que marcharon portando palos en vez de flores; el señor huichol con la planta de maíz como báculo; el campesino con un cesto lleno de elotes cual ofrenda; la representación de la ceiba sagrada de los mayas, la del diablo, la del rey indígena, la de la reivindicación de la africanidad en el mestizaje mexicano, la del campesino crucificado. Cada uno tenía sus propias demandas y su propia idea de lo que se vive en la actualidad a partir del “descubrimiento de América”. Había uno, como dicen, de “cada casa”: representación de sindicatos independientes, religiosos de la teoría de la liberación que han trabajado con *indígenas* campesinos y que los acompañaban, teatreros, *gays*, punks, chavos “banda”, senderistas luminosos, la retórica oficial y nacionalista apoyando a los de “la mexicanidad”, los concheros, familias humildes de la ciudad, curiosos, extranjeros, profesores universitarios, estudiantes, fotógrafos, reporteros, vendedores de ocasión. Los *indígenas* que marcharon desde sus lugares de origen llegaron al

final, pero ocuparon también su sitio en esa cita con la historia. Los que habían inundado la escena desde la tarde anterior —los de “la mexicanidad”— fueron finalmente desplazados y se acabaron los círculos de privilegio y los lugares reservados en el gran corazón de la ciudad de México.



Este libro no ha perdido actualidad y no la ha perdido, entre otras cosas, porque guarda memoria de ese cumpleaños y porque el 12 de octubre no ha dejado de repetirse y por ello se escuchan todavía las voces que despertaron en el quincuagésimo aniversario. Hoy mismo, en esta fecha simbólica, el zócalo ampara a la minoría de indígenas valientes que reconocen que ya basta, y que lucharán porque sus diferencias sean reconocidas. El quinto centenario ha develado, como escribe Enrique Plasencia, que estamos frente a una manera diferente de expresar su sentido, esto es, el de “la resistencia y dignidad indígenas, el del respeto a sus derechos civiles y su igualdad ante la ley, el de la restitución de tierras pertenecientes a sus comunidades, la preservación de su entorno, identidad, tradiciones, costumbres y lenguas”. Difícil tarea, creo yo, pero no imposible y que deseamos muchos para que los doces de octubre venideros la nación mexicana toda reconozca que existen razones para festejar.

María del Carmen Vázquez Mantecón
Instituto de Investigaciones Históricas